

SANTIAGO TLATTELCO.

I.
LOS COLEGIALES.

MIENTRAS las ruinas de que está sembrado el suelo de Tlatelolco ministran un nuevo ejemplo de la inestabilidad de las cosas humanas, los árboles siempre verdes y gallardos que en grupos ó en hileras le cubren por varias partes, son la prueba mas cumplida de que solo la naturaleza es grande en sus obras.

Ahí está ese barrio cuyos edificios compitieron en belleza con los de la famosa Tenochtitlan: ahora son escombros ó en su lugar se asientan chozas miserables, paredones informes y de aspecto adusto, y cercas de color gris á cuya puerta suele asomar una mujer con el hambre pintada en el rostro, vestida de harapos y con aire receloso.

Y tanta desolacion, tanta miseria bajo el hermoso cielo de Méjico! ¡Tal decadencia, tal abandono, mientras las orillas de las acequias se ven cubiertas de una vegetacion secular! ¡Porqué no siempre imita el hombre los procederes de la naturaleza? ¡Cómo sufre indolente que la carcoma de los siglos destruya, pulverice sus obras mas queridas, mientras sostiene aquella las suyas con un continuo alimento!

Tlaltelolco fue en otro tiempo un barrio ilustre de la capital, mejor dicho, Tlaltelolco y Tenochtitlan eran dos ciudades gemelas que dormían en un mismo lecho, lecho de grama y flores, en medio de los apacibles arrullos de la laguna. Al presente, mientras la segunda es una reina en todo el esplendor y magestad de su gloria, la primera es una esclava infeliz que va muriendo de consunción y de sed... ¡sí, de sed!

¡Los moradores de Santiago carecen de agua potable, ó á lo menos de la suficiente para cubrir sus necesidades con desahogo, y esta es la principal causa de la despoblacion de esta parte interesante de Méjico! Pero ¿cómo es que en este suelo clásico aun no se han abierto muchos pozos artesianos, si es que el mal no puede remediarse de otra manera?

Echando mano de este arbitrio, pronto veríamos renacer de sus cenizas un barrio que alcanzó tanta prosperidad en siglos anteriores, y donde ahora hacen manida la desolacion y la miseria; veríamos poblarse de esmerados y risueños jardines esotéricos que le atraviesan en todas direcciones cubiertos de eflorecencias salinas, y levantarse edificios decentes en los mismos sitios donde el observador halla con disgusto paredes carcomidas ó montones de escombros.

Y con todo, ese esqueleto de ciudad, observado desde un punto limítrofe, tiene un ímpetu irresistible, un hechizo poderoso.

Estamos colocados cerca de la estacion principal del camino de hierro.

Apartemos la vista de esa vasta llanura en que sobresalen algunas casas irregularmente situadas como peñascos erráticos en un desierto, y fijémosla en las hileras de árboles del Perú que orlan las acequias, ó en los frésnos y sauces que se levantan formando grupos en los patios de uno que otro edificio excepcional. Sobre todo, procuremos abarcar con una ojeada el cuadro que se presenta hácia el norte.

Engalanado con nubes de una blancura de cisne y contrastando suavemente con ellas su azul claro y luminoso, se ostenta el cielo como una inmensa cortina que sirve de fondo á la cadena pintoresca del Tepeyácac: entre los cerros que la componen dos hay que llaman la atencion de un modo especial, y son, el que situado á la izquierda se alza gentil con su figura cónica y vistosa como el juguete de un titán, y otro de as-

pecto severo que se presenta á la derecha, hácia el remate oriental de la misma cadena, á cuya falda se ve Guadalupe Hidalgo como engastada, ó mas bien, como un bajo relieve de ciudad.

Recorriendo despues el espacio que media entre esa poblacion y Tlaltelolco, se percibe claramente la calzada nueva, donde ahora se asienta el ferro-carril, á lo largo de la cual y fijos en la orilla derecha respecto de nosotros, descuellan de trecho en trecho unos altares aislados, especie de ermitas ó retablos pintados de blanco: son quince y están dedicados á los misterios del rosario, que en otro tiempo se rezaba caminando á pie desde Méjico al Santuario, y haciendo parada delante de cada altar para ofrecer el misterio correspondiente.

Empezóse á construir esa calzada el 17 de Diciembre de 1675 y se estrenó en 14 de Agosto del siguiente año, siendo costeadada por el fiscal D. Francisco Marmolejo y el Dr. D. Isidro de Sariñana: corre paralelamente á la antigua que fue obra de los reyes aztecas y cuya reparacion se hizo despues, segun hemos dicho, en tiempo del virey D. Juan de Méndozza y Luna, marqués de Montes-Claros, bajo la direccion del P. Torquemada, que era á la sazón guardian del convento de Tlaltelolco.

Esta calzada antigua se hace visible desde lejos por los árboles sombríos, chopos, álamos y fresnos, que formando dos líneas poco interrumpidas la limitan de uno y otro lado y componen una avenida enorme que se estiende en lallanura cubierta de césped, como una serpiente gigantesca.

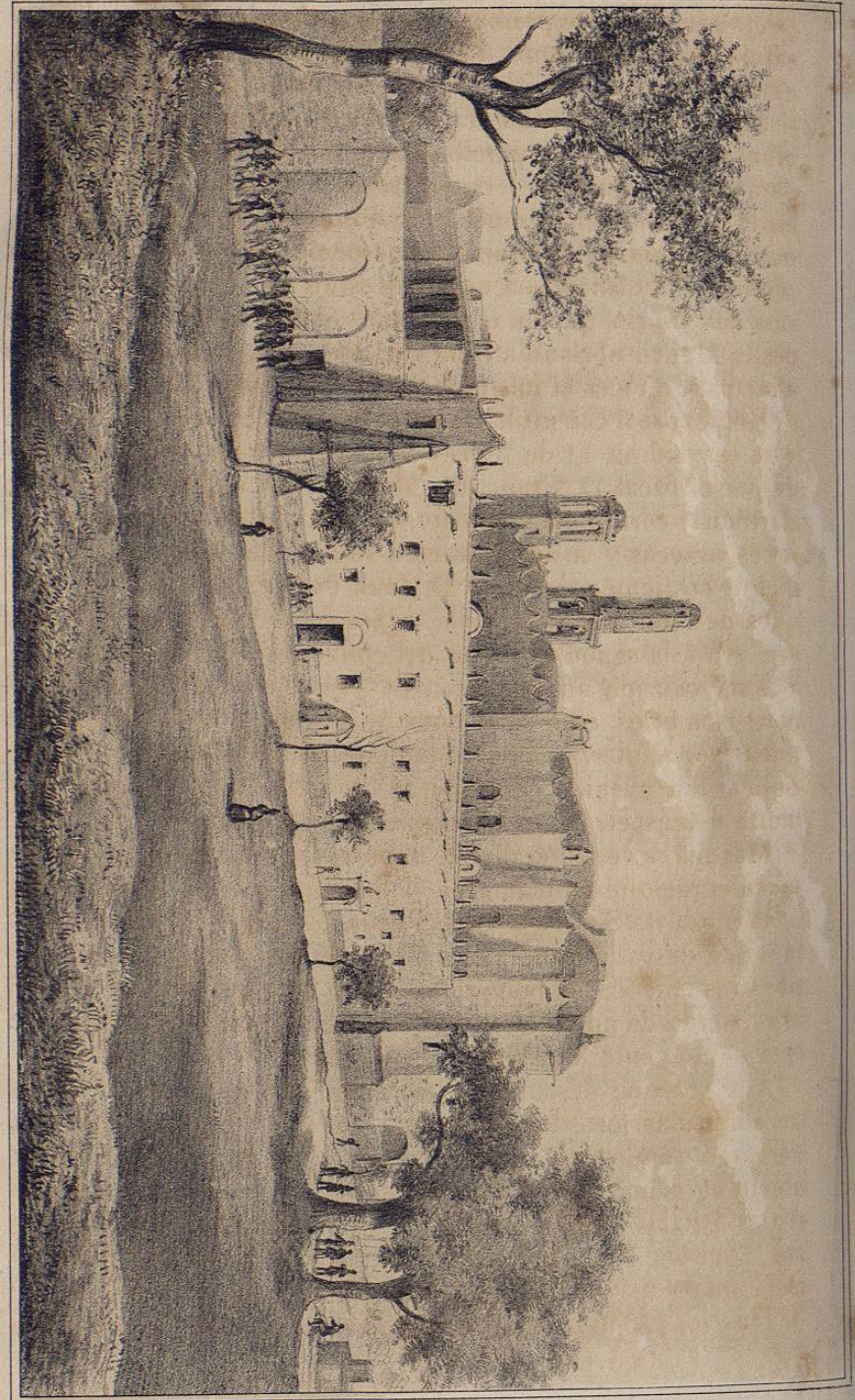
Mas acá se ve sobresaliendo de entre las casas contiguas el hermoso edificio impropriamente llamado *la garita*, y no lejos de ésta plaza de Santiago y El Técopan, casa de educacion para la niñez desvalida, que merece las atenciones del gobierno, de nuestros potentados, y de todo el que aspire á unir su nombre al recuerdo de una obra meritoria. En frente y á la izquierda está el convento de Santiago Tlalteloleo.

Ahí le teneis descollando sobre un conjunto informe de casas edificadas posteriormente, parásitas del monumento, y que sin embargo de ser bien altas no pueden privarle enteramente del efecto agradable que produce la gallardía de su figura. Señórealas á todas graciosamente, ostentando la série horizontal de sus bóvedas llamadas hornacinas, y sus dos torres, incompleta la una y la otra delgada, esbelta y aérea, como un alminar.

Hay en Méjico iglesias de mayores dimensiones y de formas

Libro de fundación

EXTERIOR DEL ANTIGUO COLEGIO DE SANTIAGO TLALTÉLOLCO



indudablemente mas correctas y elegantes; pero ninguna, sin exceptuar las de Loreto y San Fernando, que por su situacion, por los edificios que la rodean, por los árboles cercanos y por mil otros accidentes que seria prolijo enumerar, ofrezca á la vista una imágen mas bella y atractiva que la iglesia de Santiago Tlalotelco. Y si á esto se agrega el caudal de memorias que atesora, el prestigio infinito que en la mente ejerce la historia no ya tan solo del monumento, sino del sitio donde se asienta, tendremos suficiente disculpa en dejar una tarde los placeres con que embriaga al alma la moderna Tenochtitlan, y en derezar los pasos al antiguo reino de Quaquaupitzahua, para pensar y meditar en medio de ese vasto cementerio de generaciones y en presencia de un templo que guarda los secretos de mas de dos centurias.

Desde luego nos sale al encuentro dominando todos nuestros recuerdos una imágen risueña, inocente, magestuosa; la representacion de la escena tierna y solemne con que se inauguró el colegio de Santa Cruz de Tlalotelco, destinado á la instruccion superior de niños indios.

Gobernaba en Méjico el primer virey, el benemérito D. Antonio de Mendoza, á quien todos llamaban el padre de los indios, y era una mañana en que la ciudad aguardaba con ansia la salida de una procesion que habia de seguir á la magnífica funcion que se estaba celebrando en San Francisco.

La poblacion toda se agolpaba á las calles que conducen desde la Plazuela de Guardiola hasta la gran plaza de Santiago, saboreando en la imaginacion un espectáculo que se creía con razon fuese de los mejores de su especie, y que no se hizo esperar mucho tiempo.

En efecto, á una hora en que el calor del sol no era todavía molesto se oyó un repique en la iglesia de San Francisco que anunciaba el fin de la misa, y poco despues se vió desfilir la procesion.

Figuraban en ella ademas de las autoridades subalternas, civiles y eclesiásticas, el virey, el Illmo. Sr. Zumárraga y el obispo de Santo Domingo D. Sebastian Ramirez de Fuenleal que habia sido presidente de la segunda audiencia de Méjico. Pero lo que mas llamaba la atencion eran unos cien indios niños que en dos filas caminaban con la mayor compostura por delante de la comunidad de franciscanos, que aun era poco nu-

merosa, y de los personajes antes mencionados: eran estos niños hijos de los caciques ó principales señores de los pueblos y provincias de la entonces Nueva-España; y sus deudos los veian pasar en aquellos instantes por la carrera de la procesion con un gozo que solia acibarar la tristeza al pensar que, si bien los habian traído para que se educaran, iban en breve á dejarlos al cuidado de manos estrañas, mientras ausentes ellos en su domicilio respectivo, desearian en vano prodigarles las atenciones que solo se hallan en el seno de la familia.

Mas á pesar de esta consideracion, que en ciertos momentos se les presentaba con tintas muy sombrías, ellos eran los primeros en mostrarse satisfechos de la benevolencia con que se trataba á los educandos, y para acreditarlo del modo mas esplícito hacian que sus sirvientes fueran delante de la procesion esparciendo flores y yerbas olorosas.

Poniendo las plantas en esta alfombra natural, llegó al fin toda la concurrencia al gran patio ó cementerio de la iglesia de Santiago, que no era la que hoy está en pié, como despues diremos; y luego que entró en ella, predicó un sermon el P. Fr. Alonso de Herrera, habiendo hecho antes lo mismo en San Francisco el Dr. Cervantes.

De allí pasaron los ^{señores} reales presididos del virey, los obispos y los religiosos al refectorio del convento, donde se les tenia preparada la comida, la cual costó el Sr. Zumárraga; y mientras la tomaban unos y otros, escucharon un nuevo sermon predicado por el P. Fr. Pedro de Rivera. Este discurso sirvió, segun dice Vetancurt, de *inicio* ó entrada á los estudios.

Al dia siguiente nos encontramos á la juventud asistiendo á sus cátedras; y pasados algunos lustros la contemplamos iniciada en las buenas letras y en casi todas las ciencias útiles como la gramática, la filosofia, la medicina y aun en las artes de mero adorno como la música. ¡Loor eterno á los primeros que difundieron la luz del saber en nuestro suelo! La gloria ha escrito sus nombres en los fastos de Méjico, y estos nombres jamás se horrarán porque los guarda contra las injurias del tiempo y del olvido, la gratitud que profesa todo pecho honrado al hombre que emplea el poder en beneficio de sus semejantes. Si todos los vireyes que sucedieron á D. Antonio de Mendoza hubieran imitado el hermoso ejemplo que les dejó, y si las virtudes de los primeros religiosos que evangelizaron á nuestro

pueblo hubieran resplandecido en los que les siguieron, no cabe duda que la mano que por tres siglos gobernó la colonia sería hoy objeto de nuestras bendiciones, y que la nación toda, y mayormente la raza indígena, le deberían un bienestar y una ilustración que distan mucho de poseer. Mas por desgracia pronto se cansa el hombre de seguir el sendero del bien: apenas da los primeros pasos cuando retrocede; y no sin razón ha sido considerada como una de las virtudes más difíciles, la perseverancia.

II.

EL COLEGIO DE SANTA CRUZ.

Personas hay imbuidas en la creencia de que la iglesia de Santiago Tlalotelco fue la primera que se edificó en Méjico. Fúndanse tal vez en una tradición, según la cual fue levantada la iglesia primitiva de la capital en el mismo sitio que ocupaba el templo mayor de los aztecas, dedicado á Huitzilopochtli, que como dice Villaseñor en su *Teatro Americano*, se asentaba en el barrio de los tlaltelolcas; por lo que el aserto de este autor ha servido para corroborar aquella creencia.

Pero lo cierto en este punto es, que por los datos que ministran historiadores más antiguos y á quienes se supone mejor informados, se puede con exactitud fijar el asiento del templo del Marte mejicano en la superficie limitada actualmente por las calles del Empedradillo, 1.^a de Santo Domingo, de Cordobanes, parte de la de Montealegre, de Santa Teresa, del Arzobispado, y por la línea que corre desde esta última atravesando el atrio de la catedral hasta tocar con la primera.

Así que, en el supuesto de que la primitiva iglesia de Méjico haya sido edificada en el sitio que ocupó el templo de Huitzilopochtli, esa iglesia no pudo ser la de Tlalotelco, sino la de que habla Vetancurt al designar el sitio del primer convento de franciscanos. Pero hay más todavía.

Sigüenza y Góngora, citado por Cabrera, asegura que la primera iglesia de que vamos tratando fue la que se levantó en el cementerio de la catedral, destinada á parroquia y dedicada al apóstol Santiago, con cuyo nombre fue conocida: esa iglesia vino á tierra cuando se empezó á construir otra de mayores dimensiones, también parroquia, que se llamó de Nuestra Señora, y fue erigida en catedral por el papa Clemente VII, la cual desapareció asimismo luego que estuvo muy adelantada la obra de la catedral actual.

Pero Santiago era y es el patron de las Españas; *¡Santiago y cierra España!* fue siempre el grito de guerra de los hijos del Cid y de Pelayo; y creían firmemente que á las batallas que dieron por resultado la conquista de nuestro país cooperó el apóstol, como lo había hecho antes peleando caballero contra los moros: durante el sitio de Méjico se le vió, según afirma el buen Cabrera, acompañando á la Virgen de los Remedios que apretaba los puños llenos de tierra, para arrojarla después á los ojos de los mejicanos. He aquí por qué, en debido homenaje de agradecimiento, dedicaron los conquistadores la primera iglesia de la capital á su protector Santiago. Y una vez derribada ¿era posible dejar de edificarle otra para perpetuar sus cultos?

No, en verdad, y esta obligación impuesta por un sentimiento respetable en sí mismo, fue probablemente la que dió origen á la iglesia y convento de Santiago Tlalotelco.

Sea de ello lo que fuere, es positivo que esta iglesia y convento se edificaron desde los primeros años que siguieron al establecimiento de los españoles en Anáhuac, y poco tiempo después de la fundación del monasterio de San Francisco. Que desde entonces la iglesia de Tlalotelco fue parroquia, es un hecho que tampoco puede ponerse en duda, si se atiende á que el cura de San José de Naturales no podía cuidar más que de sus feligreses de Tenochtitlan.

Pero hácia ese mismo tiempo acaecían dos hechos dignos de notarse. Mientras esclavizaban á los indios los bárbaros conquistadores; mientras les negaban la racionalidad, y por lo mismo la capacidad para ser iniciados en la doctrina del cristianismo; y mientras sostenían unos que era inútil enseñarles las ciencias, conceptuándolos de muy limitado entendimiento, y otros que no era conveniente ilustrarlos por temor de que se rebelaran contra el gobierno, Fr. Pedro de Gante tenía su fa-

mosa escuela de artes en el sitio donde está ahora el colegio de Letran, y en el convento de San Francisco, haciéndose sordos los religiosos á los clamores de la ignorancia y la codicia, instruian á la juventud indígena en el idioma latino.

Daba impulso á estas tareas D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, hombre benéfico y amante de los adelantos en la ciencia, ordenando á los franciscanos que insistiesen en la enseñanza de los naturales para descubrir la aptitud de estos y confundir á los que los detractaban; y correspondiendo aquellos á este afán, lograron que sus discípulos llegaran á ser aventajados latinos.

Justo es mencionar al catedrático que mas descolló por sus buenas prendas en la enseñanza de este ramo de los conocimientos humanos, y fue el P. Fr. Arnaldo de Bassac, ó Bassacio, como entonces se le llamaba, latinizando, ó mas bien, castellanizando su apellido transpirenaico. Francés de nacion, hijo de una familia ignorada, como las de la mayor parte de los religiosos de aquel tiempo; persona de talento no común, cuya juventud pasó inadvertida de la historia, todo lo que de él sabemos es, que siendo profeso en uno de los conventos de la provincia de Aquitania, vino en el año de 1530 á la del Santo Evangelio de Méjico. Aprendió con suma brevedad la lengua azteca, y llegó á hablarla con tal facilidad y correccion, que admiraba á los mismos indígenas; siendo por estas prendas, así como por sus buenas costumbres, uno de los que mas cautivaban los corazones desde el púlpito. Consagrado á los ejercicios de la penitencia, vivía en la mayor estrechez, siendo muy severo consigo mismo, aunque afable y complaciente con los demas. El fue quien en Cuauhtitlan enseñó antes que otro ninguno la música y puso capilla de cantores. Murió en el convento de Tulancingo, donde fue sepultado su cuerpo.

Pero no obstante el empeño de este y otros religiosos de su orden por que los educandos aprovecharan en los estudios, todavía se echaba menos alguna mas formalidad en la enseñanza, un lugar mas á propósito para el recogimiento y la concentracion de las facultades intelectuales, circunstancias que tanto ayudan á la sólida instruccion, y sobre todo, una renta fija para el sustento de estudiantes pobres.

A estas necesidades proveyó de remedio la munificencia del primer virey, fundando el colegio de Santa Cruz en el convento de Santiago Tlalotelco.

Para dotarlo competentemente impuso capitales á censo en varias fincas urbanas, y le hizo donacion de una hacienda que poseia en el Cazadero. Llámase así el campo que se estiende entre el pueblo de Jilotepec y el de San Juan del Rio, y se le aplicó este nombre á causa de la montería que para dar gusto al mismo virey D. Antonio de Mendoza, hicieron allí mas de quince mil indios, al modo que las hacian sus antepasados, esto es, situándose como un muro viviente que abrazaba un círculo de algunas leguas y estrechándose á medida que se acercaban al centro, donde se juntaba una muchedumbre de animales de caza, que asustaban ellos al andar y mataban en seguida.

Procuróse, en cuanto fué dable, que la vivienda de los alumnos tuviese las mayores comodidades. Comian juntos en refectorio, y dormían en una gran sala comun, que llamaban dormitorio de monjas, donde cada cual tenía su lecho compuesto de tarima, frazada y estera ó petate. Para guardar los libros y la ropa poseia tambien cada uno su cajuela con llave. El tenor de vida que observaban era, segun la describe Torquemada, semimonástica. "A prima noche decian los maitines de nuestra Señora y las horas á su tiempo, y en las fiestas cantaban el *Te Deum laudamus*. En tañendo á prima los frailes (que es luego en amañando) se levantaban, y todos juntos en procesion venian á la iglesia vestidos con sus opas, y dichas las horas de nuestra Señora en un coro bajo que hay en la iglesia, oían una misa, y de allí se volvian al colegio á oír sus lecciones. En las fiestas, se hallaban en la misa mayor y la oficiaban."

Siendo esto así, las lecciones que con algun fruto empezaron á recibir los niños mejicanos en el convento de San Francisco, vinieron á continuarlas á Santiago Tlalotelco en un colegio en toda regla y bajo la direccion de eclesiásticos instruidos y virtuosos, habiendo podido todavía asociarse á esta obra meritoria el P. Fr. Arnaldo de Bassac, que siguió enseñando gramática latina.